

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id. La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción: Mayor, 21.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York: Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

CABO DE AGUA

El gobierno francés ha pedido al español que Cabo de Agua entre en la zona francesa. Pues bien: es necesario que la opinión pública sepa que si el gobierno español acepta la pretensión, es la ruina completa de nuestro dominio en el Rif; sería el suicidio de la nación española en Africa, la pérdida de tantos millones y tanta sangre que se ha vertido. Lo increíble, lo inaudito es que no hayamos aun aprovechado lo que vale Cabo de Agua; pero la culpa no es de nuestros industriales, ni de nuestros comerciantes, ni de nuestros africanistas de acción. Pero Francia aprovechará el hecho para hacer creer la poca importancia de Cabo de Agua.

Cabo de Agua está á cinco kilómetros de la desembocadura de Muluya y frente por frente á Chafarinas. Por mar digamos so'ó que los franceses saben que ese lugar constituye el único abrigo marítimo desde Bone hasta Larache. La distancia de Chafarinas á Cabo de Agua es de cuatro kilómetros existiendo un fondo alto de 15 á 20 metros entre las islas y la costa, que aprovecharían enseguida los ingenieros franceses, en vez de tratar de conquistar el puerto de Melilla.

Dispondrían entonces del mayor puerto del Norte de Africa y constituiría el liná que atraería el comercio.

Cabo de Agua es el término del fertilísimo valle de Muluya, que regada por el caudaloso río, sería una huerta si se implantase el riego metódico de la región.

La riqueza agrícola del país de Keddana es tan incontestable, que hace tiempo que Francia tiene puestos en él sus ojos.

Estratégica y políticamente, he aquí las consecuencias de la cesión á Francia de Cabo de Agua.

El Tratado de 1901 considera el Muluya como frontera de zonas española y francesa. Todos sabemos por la Historia que no hay fronteras más verdaderas que los ríos, por lo indiscutible de su lugar.

Si Francia pasa el Mulaya, ocupando Cabo de Agua, qué frontera tendremos que evite discusiones y cuestiones ulteriores?

Cabo de Agua es la entrada de Keddana, y poco tardarían los franceses en ocupar todo el país, poniéndolo en alor y aprovechando sus riquezas.

De ahí á entrar en Guelaya solo habría un paso, y nosotros volveríamos á encerrarnos en Melilla, resultando inútiles todos los sacrificios de la nación.

Tal sería la consecuencia de la cesión de Cabo de Agua.

¿Debe la opinión pública consentirlo?

No, al contrario; la opinión, concedora de que se pide solo lo que se sabe que vale, debe comprender que la posición de Cabo de Agua debe ser inmejorable, en vista del empeño de Francia en conseguirla.

Ahora si que debe preguntarse por qué en esa región tranquila y segura no se han desarrollado intereses españoles, ni particulares, ni nacionales; por qué no se compran terrenos, por qué no se ayudan los deseos de crear intereses nacionales, en particular escuelas gratuitas para moros; por qué no se han apoyado deseos de ingenieros para estudiar la irrigación de la región de Cabo de Agua, etc.

El instinto de suicidio, que advertimos en toda obra de colonización de Africa ha llegado por ejemplo á lo siguiente:

Sabido es que, con violación de la ley de 1864, la Junta de arbitrios de Melilla ha puesto derechos en las mercancías que entran en Melilla. Pues bien; Cabo de Agua, cuya situación aprovechada destruya Port Say y el Kis no puede consentir que se impongan á sus mercancías aún mayores derechos que Melilla.

¿Era ese el objeto de nuestras Juntas de arbitrios?

España debe, pues, oponerse con todas sus fuerzas á la cesión de Cabo de Agua á Francia é imponer la supresión de toda traba al desarrollo de los intereses españoles en una región rica y fértil, que constituye, por el lado de Francia, el baluarte de nuestro dominio en el Rif.

Las negociaciones

Madrid 6 9 m.

Acerca de las negociaciones dijo Canalejas que no hay nada nuevo.

Respecto á lo que se dice de la oposición de Fernández Silvestre á tendido de la línea telegráfica de Fez dijo que carece de importancia.

LOS INNOMINADOS

(APUNTES PARA UN SÁTIRO CÓMICO-LÍRICO)

La escena en la barbería de los cuatro galos. Puertas de escape al foro; y una á la derecha, que dá á la calle. Un espejo grande á la izquierda, y delante sillón automóvil.

PERSONAJES—

PEPE EL INMUNE.—FIGARO EL DISCOLO.—UN PRIMATE DESAPARECIDO.—UN APARECIDO DEMOCRÁTICO.

ESCENA III Y ÚLTIMA

DICHOS.—Y otro "Más", que detiene en la misma puerta al fugitivo.

M.—¿A dónde vas?

P.—¿Dónde puedo?

M.—¿De dónde vienes?

P.—¿Del campo?

V.—¿Cómo se encoge la tierra—delante de tu caballo?

F.—(A Pepe): ¿No me pagais?

P.—¿Me olvidaba!—¡La costumbre!

V.—(Al barbero): ¿Y tú le cobras?

F.—Una cosa: es la amistad—y el negocio es otra cosa.

P.—(A Más): Oye, Manolo Pampina.

M.—¿Qué hay, diputado por Coria?

V.—El que con niños se acuesta, si no se cala, se moja.

P.—Me ha salido una gotera—en mi despacho.

M.—¡Joroba! Un irrigador mereces—en cada conducto.

V.—¡Chócala!

P.—Es el caso, fracasado—que á mi vecino Pantoja se le atrancó, por tumbón—una cañería.

M.—¡Sopla! ¿Y qué tengo yo que ver—con tus caños y tus coñas?

P.—¿No eres médico?

V.—H gienista.

P.—Pues... entonces, dáca y toma.

M.—Me buscas, flor del almendro, temprana como tu cólera?

P.—¿Yo buscarte? ¡Ni ensarlo!

M.—Te he confundido con otra.

F.—¿Y cómo sigue Lerroux?

V.—Pregúntalo á Barcelona.

M.—Vas á hacerte metrista?

P.—¿Monarquico yo?

M.—¿Te esponjas!

P.—¿Quién te dijo tal infundio?

V.—¿Quién pone en lenguas mi honra?

M.—Pregúntale á la Dolores, ¿no te acuerdas de la copia?

P.—Al pueblo, mi hacienda y vida debo dar; pero mi honor es patrimonio del alma, y mi alma es solo de dos.

V.—¡Oh diputados maestros.—puñidos y contritos, que glorificáis delitos, porque son delitos vuestros!

M.—¿Tú eres de dos? ¿Cuáles son?

P.—Mi patria y mi libertad.

V.—Caballero, ¿lo que—seais, quedados en paz.

(Se detiene en la puerta de la calle á oír el final del cuadro.)

M.—Me ha dado Enrique recuerdos...

P.—San Judas! Qué avilantez!

F.—Y me ha dicho en confianza.—que vivo tú y vivo él, es imposible vivir.

P.—Ya sé que no puede ser! (Trágico) Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata, que así el honor, la dicha me arrebató.

M.—Mi dolierte señor te invita á un duelo...

P.—Dile que sin balirme vivo al pelo.

F.—¿Que me provoque á mí!

P.—¡Calla, inocente!

M.—Es todo un ciudadano tu paciente.

V.—(Desde la puerta y frotándose las manos de gusto) ¡El cielo me debía tras de tanto dolor, tanta alegría.

(Telón.)

Antorrotto.

Emigramos

[Aquí no se puede vivir! Emigramos en busca de países mejores.

La tierra, ingrata, se ha cansado de sustentarnos, y los estómagos vacíos se sienten cosmopolitas.

El Gobierno nos oprime y nos deprime, á fuerza de impuestos. Los Ayuntamientos, apelan á los repartos vecinales, una vez agotados los recursos corrientes. El fisco nos embarca; el recaudador nos esquilda. ¡Huyamos!

Somos patriotas, pero no suicidas. Dejemos á la agobiada España, víctima de los políticos del turno y de los Dracones de la oposición.

En este naufragio de los ideales, de las creencias, de la tradición, salvemos, por lo menos, la pelleja, y tengamos valor, para sobreponernos á la catástrofe.

[Adiós, callecica Mayor! Adiós, California y Marracos! Adiós, Madre de la Caridad... no; si ti no te digo adiós, ni hasta luego. Tú eres la inseparable compañera de mi alma, tú vienes conmigo á las playas distantes, donde si muero de nostalgia, sabrás recoger mi último suspiro, y cerrar, piadosa, mis ojos vidriados.

Conmigo van los artistas españoles, que buscan mercados ricos para sus obras maestras; los cómicos famosos, llamados á propagar y difundir las producciones escénicas que inmortalizaron á Calderón, Lope y Tirso y que inmortalizarán á Marquina, Benavente y Martínez Sierra.

Me acompañan los ambiciosos, los tenaces siervos de la gleba, los obreros sin trabajo, los míseros explotados, los ilusos, los *sé es sin patria y sin fe*, almas desoladas, esclavos de la desesperación, el hambre y las mentiras convencionales.

Allí, en el enorme trasatlántico, van hacinados, confundidos, revueltos, como bestias de carga dóciles al látigo del amo, ó reses mantenidas por la voracidad burguesa, para el infame sacrificio.

Y en la hospitalaria América, acaba de consumarse el inmundo tráfico de carne humana, y ante el codiciado Becerro de Oro se inmolan la virtud, el honor y la dignidad. La figura sinies tra del Capataz completa el cuadro; y el capricho voluptuoso del moderno Señor feudal es ley en sus dominios, y

sus pasiones esbordan las fulminantes sentencias inapables.

Y pensar que hay fortunas amasadas con sangre y lágrimas!

En casos tales, el corazón más duro se revela contra el Déspota, y exclama espontáneamente:

¡La propiedad es un robo!

Mas ¡ay! entre tantos infelices como emigran, no figuran los culpables de las mutilaciones nacionales, ni los inductores de los crímenes perpetrados en la Península por los espantosos pájaros radicales, ni los literatos *démops*, ni los ex-Alcaldes fracasados, ni los ediles *demi-vierges*, ni los santones que predicán la guerra santa, ni las récuas de los principales hombres públicos, ni los clientes arruinados por los Licurgos inviolables, ni el *Unico Hijo* de la ciudad de Asdrúbal.

Es preciso hacer una leva. Se impone la selección.

Cartageneros, á defenderse. Aquí sobran muchos; y sobran por que faltan á la reunión con sus pujos de honradez, pulcritud, y...

no cabe lo que pienso en lo mucho que me callo.

Si han de jorobar los auténticos *curtagineses*, emigramos sin tardanza.

Y digamos á Dulcinea, la zurcidora del cotarro:

España y yo somos así, Señora. España se va, por no aguantar á los españoles.

A. B. C.

Función California

Los incansables cofrades californios, ya tienen organizada su función benéfica y seguramente podremos publicar mañana el programa.

Hoy lo que interesa es hacer saber á nuestros lectores que el pedido de localidades es tan extraordinario que será muy fácil quede agotado en plazo muy breve por cuya razón no está demás hacer constar que pueden hacerse los encargos en la farmacia de la calle Mayor propiedad del entusiasta californio D. Agustín Malo de Molina y Pico.

En nuestra edición de mañana hablaremos con más extensión de este grandioso acontecimiento.

Pero Bartolomé de Yeste le contó.
—Decid—le preguntó—¿quién es pues esa dama?

—¿Quién es, me preguntáis?—dijo Segado sorprendido.

—Sí, caballero—insistió Yeste formalmente.

—Es—dijo el joven á férez con alán.—la morisca más bella que ha nacido en las vegas valencianas. Si lo dudáis, miradla, vive Dios, y habréis de concederme la razón.

—No dudo de las gracias de esa joven sino del nombre que la dáis; ¿decís que es valenciana?

—Sí, pardiez, señor Bartolomé de Yeste; de una rica familia de moriscos, he mana de Ismael, el célebre caudillo de Bicorp, á quien salvé la vida por el amor de esa mujer divina. Os aseguro que estoy loco por esa sin igual beldad; dejad que vaya á verla; ya nos encontraremos vos y yo.

—Esperad un momento, amigo mío; tiempo tendréis para encontrarla. Ahora voy á deciros á mí vez, quién es esa deidad que os tiene fascinado; y á quien yo ando buscando con empeño.

—¿Dudáis de lo que acabo de decir?—le preguntó el alférez manifestándose ofendido.

—No lo dudo, lo niego.

—añadió á esa ofensa una frase pervertida por vuestra lengua sudaz y temeraria. Decidme caba-

—Y á la morisca!

—Se fugó con un negro que yo llevaba de criado, teniendo, á no dudar, las consecuencias de aquel lance. Mi situación era muy crítica, y logré expatriarme tomando plaza de soldado en las galeras de S. M. que salieron de Valencia con rumbo á Yucatan.

—Aún tengo ciertas dudas, señor de Bartolomé de Yeste, y perdonadme por la ofensa.

—Decid lo que gustéis; yo sufriré de vos amigo mío lo que de nadie sufriría.

—Decidme,—preguntó Segado,—¿antes de vuestro embarque, sabías que eran hermanos Zata y Nicolás?

—No, por mi fé,— le contestó el soldado:— como todos creía que este amaba á la esclava, pero despues que supe por Estrella que no fué él el raptor, tuve fé en las palabras del hidalgo que habfa jurado por su honor; al escuchar los cargos que le hice, que no amaba á la esclava.

—Sigue aun mi duda, caballero,—insistió Luis Segado,—hace bien poco tiempo que habeis llegado de las Indias y ya sabeis ese secreto. ¡Es bien extraño por mi vida!

—Llegamos á un terreno delicado que pretendí evitar, pero os amo de veras y he de estorbar un lance que sería repugnante verdaderamente. Esto

—Pues entonces, decidme; ¿quién la robó?

Una mujer celosa.

—No os comprendo, pardiez; todo el mundo creyó que Nicolás...

—Es que en esa mujer ha puesto sataná todas sus dotes. A su rimpar belleza y á las riquezas que atesora, se une el talento del demonio con que supo cubrir las apariencias, haciendo aparecer á Nicolás causante de una infamia inmerecida.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Luis Segado.

—¡Estrella!—articuló Bartolomé de Yeste.